

La naturaleza salvaguarda la vida y la bioética

María Celestina Donadío
Maggi de Gandolfi

Hasta fines del siglo XIX el aprovechamiento y mejoría de las especies se realizó por una práctica artesanal de métodos empíricos. A partir del siglo XX, por el uso de la biotecnología, que es la aplicación de la tecnología a la vida. El término “biotecnología” es relativamente nuevo, pero esta disciplina es muy antigua. La actual explosión, tanto conceptual como práctica, de la biotecnología, se debe a que la ciencia misma es tecnología, pues sus paradigmas son idénticos: el éxito, la eficacia y el uso de toda la realidad, incluso del hombre mismo.¹

Y la pregunta es: ¿en qué medida el enriquecimiento y el progreso en la conformación externa de la existencia humana, provenientes de las conquistas y logros de la civilización, no han significado, contradictoriamente, un empobrecimiento o una involución en la vida interior de la persona? Entonces, tenemos que retrotraer la pregunta a otras. ¿Es la vida un valor

MARÍA CELESTINA DONADÍO MAGGI DE GANDOLFI

Doctora en Filosofía, Profesora Titular Ordinaria con Dedicación Especial de Filosofía en la UCA (Facultad de Filosofía y Letras e Instituto de Bioética) e Investigadora Principal del CONICET. Secretaria de la Sociedad Tomista Argentina (desde 1985) y Secretaria de la Comisión Arquidiocesana de la Mujer (desde 1994).

irreductible y específico? ¿El orden de la naturaleza no es el patrón y la frontera de la investigación? Y, por lo mismo, ¿no cabe hablar de la moralidad de las ciencias y de la vida científica?

La simbiosis contemporánea entre biología y tecnología parece respondernos negativamente. En verdad, cuando se responde desde un antropocentrismo exacerbado, no es sólo una urgencia epistemológica de la investigación, sino, lamentablemente, el reflejo de una imagen del mundo y de una forma de vida afectadas por el fenómeno de la racionalización. Es una actitud calculadora ante la realidad, que busca dirigir y organizar desde fuera el mundo y la vida, desoyendo su propio orden natural.

I. Carácter irreductible de la vida

El gran desarrollo que a partir de la década del 80 ha tenido la bioética y particularmente la ética biomédica, ha respondido sin duda al interrogante de cuáles son los límites o hasta qué punto es lícito favorecer el dominio del hombre sobre el hombre en el campo de la medicina y de la biología. Tal despliegue ha sido proporcional a los descubrimientos, técnicas, nuevos métodos de investigación, de experimentación y de aplicación.

Aquel interrogante se ha planteado en forma más aguda ante los descubrimientos científicos de la genética y de la ingeniería genética como terapia clínica de enfermedades hereditarias mediante la intervención directa sobre los genes presuntamente responsables.² Porque la cuestión surge cuando tal “manipulación”, de terapéutica pasa a ser “distorsionante” y “violenta” respecto del curso natural de la vida, alterándolo para obtener fines poco claros y hasta sospechosos.³

Para algunos, la investigación en biología o en medicina es tan experimental como ocurre con las ciencias del mundo inorgánico y, por ende, “neutra” de toda valoración o normatividad éticas, requiriéndose un examen bioético sólo en el momento de su aplicación, para evaluar las consecuencias y los riesgos. Otros aceptan los cánones de la investigación en lo que respecta al rigor metodológico, a la comunicación exacta de resultados, a la transparencia de los procedimientos. No es restarle valor a estos criterios de legitimación, sino que, por parciales, pierden la realidad ética, es decir, prescinden del carácter totalizador de la vida moral, por perder el carácter totalizador de la naturaleza de la vida y del ser humano.

El objeto de estas reflexiones es ofrecer algunos conceptos que indicarán el curso argumental que debe seguir el tema del carácter irreductible de la vida, conforme a cómo interesa que sea el hombre; sobre todo, a cómo interesa que el hombre actúe y se relacione con los otros y con la naturaleza.

1. El tema de cuál es la esencia propia de la vida está en el centro de esta problemática y es principio y fin de la misma, porque es un concepto subyacente a toda bioética y no puede ser elaborado por cualquier modelo filosófico. Esto no es ninguna novedad. Lo que sí nunca será remanido de reparar e insistir, es que no puede sostenerse con base filosófica y científica el estatuto de persona del ser humano como individuo corpóreo-espiritual, si no se sostiene primero la naturaleza de cualquier viviente como sustancia individual dotada de finalismo inmanente. Convalidamos este recurso en el hecho de que todos estos procesos de manipulación que distorsionan la vida humana, no apuntan directamente al espíritu humano; o, si lo hacen, es porque han reducido el estatuto del viviente a un manojito de energías, funciones o mecanismos al modo de la “retroacción cibernética”,⁴ producto de la evolución ciega (azar) del cosmos o de explosiones de energía (big bang) sin sentido desde el caos originario.
2. Es un dato de la experiencia sensible e intelectual la distinción entre vivientes y entes naturales que no lo son.⁵ La vida del viviente se manifiesta por la automoción o acción inmanente, es decir, que él mismo genera y no sólo “procesa” las funciones que en él tienen lugar. Sin embargo, para obtener esta experiencia es preciso contar con un sujeto que se automueve, por eso el viviente es un individuo sustancial, una sustancia única e irrepetible por individuada que es, en el que se registra un finalismo intrínseco porque modifica su comportamiento en orden a determinados fines naturales y perfectivos de cada sujeto viviente y en lo que le es propio por pertenecer a una especie. Y los dos fines primarios del viviente (humano o sub-humano), como son la supervivencia y la reproducción, sintetizan la continuidad genética de la especie mediante la sucesión de las generaciones de individuos. Ya la planta implica un salto cualitativo y por eso perfectivo en la naturaleza, en cuanto su carácter de sujeto individuado la hace participar de una perfección, aunque básica, como es la autosuficiencia en la existencia.

3. Empero, como hablar de automoción es hablar de “autocontrol” y “autorregulación”, esto nos exige sortear la contradicción metafísica de que un sujeto finito y dinámicamente potencial “se mueva a sí mismo”. Por eso el viviente es organizado, es un organismo, lo que significa afirmar que es un todo jerárquico de órganos y funciones (partes del todo), en que las inferiores se constituyen en “instrumentos” (de ahí *organum*) de las superiores, y aquéllas obran sobre éstas, registrándose la secuencia de motores-movidos a partir de la energía vital inicial conferida en el primer momento de la reproducción. La organización y el sistema funcional de la vida son consecuencia necesaria de la existencia de un ser viviente y están al servicio de su desarrollo, no a la inversa.
4. Tres consecuencias del carácter irreductible de la vida: a) La calidad o intensidad de las funciones vitales no generan (funcionalismo vital) la vida del viviente. A lo sumo la entorpecen o mejoran, pero sin duda desaparecen cuando el viviente muere. b) Sólo metafóricamente puede decirse que el viviente es una “máquina natural” (mecanicismo o cibernética vitales), porque la acción vital inmanente comienza y termina en un “sujeto que la realiza”, mientras que la máquina “simula autorregularse”. La unidad de la máquina es la de los materiales combinados que la constituyen y la de la forma-figura (accidental) conferida por el constructor; esto vale también para las computadoras más sorprendentes. La unidad de una máquina se rige por leyes físico-matemáticas o matemático-formalizadas; toda la máquina es un “órgano”. c) La unidad del viviente se rige por leyes naturales, ontológicas y axiológicas; tiene unidad desde su misma “forma sustancial” que lo determina como sustancia viviente; los órganos son consecuencia de un sujeto cuyo “ser es vivir”. Por eso definimos al viviente como “acto de ser de un determinado individuo cuya forma sustancial es el alma”.
 Pensemos en la incidencia de estas afirmaciones en la comprensión del estatuto personal del embrión o del preembrión, ya que cuando el viviente recibe el ser, lo recibe como “individuo”, porque esto es lo propio de su índole natural y no recién en el momento en que “ex-siste” (=nacimiento = existir fuera de sus causas progeneratoras).⁶
5. Ubicar al hombre como viviente exige anexar al concepto complejo y jerarquizado de la vida, el de grados de vida (plantas, animales, hombres), en lo que se va ascendiendo hacia niveles cada vez más

altos de inmanencia o autosuficiencia, hasta arribar al viviente humano que es persona porque su forma sustancial es un alma espiritual. No podemos detenernos en “justificar” la espiritualidad del alma humana. Sólo basta reparar en dos funciones de sus facultades propias: el conocimiento reflexivo de su inteligencia, que es una conversión imposible para un cuerpo, y la libertad de su voluntad, por la que quiere y elige fines-medios y su adecuación, sin seguir instintivamente aquellos prefijados por la naturaleza. Pero hay algo más: en la persona, su misma alma espiritual es forma sustancial del cuerpo y principio vital de las funciones vegetativas y animales, por lo que un mismo sujeto individual, desde su única forma espiritual, desde el primer momento de su concepción, sustenta toda la sustancia personal del viviente humano. Si desde el momento de la concepción el viviente es individuado, entonces, en el desarrollo embrionario no hay traspaso de formas, ni una doble información (animales), ni una triple (hombres), salvo que se trate de mellizos o trillizos.

6. Si bien el evolucionismo se ha propuesto como una teoría explicativa del origen “existencial” de la vida, supone una concepción ontológica de lo que la vida es; o más bien, por lo que se cree o se pretende que la vida sea, se fuerza la explicación evolucionista. Basta con observar las bases reduccionistas, es decir, funcionalistas y mecanicistas, y el recurso al azar del que todas estas teorías echan mano. En la versión originaria de Darwin se combinan: a) la emulación de la física newtoniana, por la que “se reduce” la explicación del viviente no a sus causas, sino a las leyes de equilibrio de la mecánica en su relación organismo-medio ambiente. b) Principios ideológicos del materialismo histórico-dialéctico, como son la herencia de los caracteres adquiridos y el continuo perfeccionamiento.
7. En el evolucionismo, el azar, la casualidad que realiza una “selección justa” por la sola “adaptación al ambiente”, es un preconcepto explicativo para negar el finalismo natural. La realidad del cosmos, incluidas la vida y la aparición de nuevas formas, se explican solamente por las transformaciones azarosas de la materia (causa material), producidas por el concurso meramente mecánico de energías (causa eficiente). La urgencia es quitar del panorama epistemológico la causa formal y final, porque exigiría de otras bases metafísicas que no convienen.
8. El evolucionismo no ha tenido éxito en explicar esta novedad que es

el viviente, ni siquiera en la versión pos-neo-darwiniana de base cibernética, que entiende que “el círculo de retroacción” emula la circularidad dinámica del sistema biológico. Porque también estas teorías recurren al azar para elegir entre alternativas preestablecidas (computadora), pero no pueden “fundar” la novedad en sí misma en que consiste la vida: una unidad individuada con finalidad inmanente.

9. La causalidad del viviente (humano o sub-humano) exige como causa inmediata otro viviente (homogénesis), porque lo menos (lo inorgánico) no puede dar origen a lo que es más, y el viviente implica un salto cualitativo y perfectivo en la naturaleza. Pero esto explica la forma sustancial del viviente (educada de la materia por sus progenitores), pero no explica que esa forma “exista” en la realidad con el ser singular de una individualidad irreplicable. Si el nacimiento de un nuevo viviente, que es siempre individuado, se explicase por la sola “evolución de la forma”, resultaría que cada individuo irreplicable estaría “ya todo previsto” en el corredor genético de sus antepasados, lo cual es imposible.

II. Vida científica y moralidad

Una rápida mirada al panorama científico contemporáneo nos lo revela con una pronunciada, aunque no general, asepsia con respecto a toda relación axiológica, y una carencia notable de regulación ético normativa. Una vez más, como en las épocas más puras de mecanicismo científico, el dato sensible, la reducción matemática (o lógico-matemática) y la expresión teórica del pensamiento, se presentan como ingredientes necesarios y suficientes para alcanzar la verdad y la certeza. La pureza avalorativa y anormativa parecerían, hoy en día, cifrar la naturaleza de las ciencias no filosóficas y también enmarcar la índole propia de todo el saber.

A. Formulación de una hipótesis

Este es el espíritu reflexivo, reparemos, que está implícito como su hábitat al abordar las posibles relaciones entre vida científica⁷ y moralidad, y entre Ética y Ciencias no filosóficas. Valgan como ilustración ciertas posiciones extraídas de la economía, el derecho, la cibernética y las ciencias psicosociales.

“En una sociedad civilizada –sostiene Adam Smith en *The Wealth of Nations*–,⁸ el individuo necesita en todo momento de la cooperación y asistencia de grandes multitudes (...). Será más fácil que venza si puede lograr que el amor que tienen por sí mismos se incline en su favor y si les demuestra que les resultaría ventajoso hacer lo que él les pide (...). Nos dirigimos, no a su humanidad, sino al amor que ellos tienen por sí mismos y jamás hablamos de sus propias necesidades sino de sus ventajas”.

Por su parte, Rascoe Pound, en *Law and Morals*, sostiene que: “la jurisprudencia analítica se separa completamente de la filosofía y de la ética (...). El patrón ideal del positivista analítico era aquel que consistiera en un sistema de preceptos legales, lógicamente congruente y lógicamente interdependiente”.⁹

La contribución de la cibernética en este punto la tomamos del eminente matemático N. Wiener, mentor del término cibernética, para quien “en los individuos, la operación de vivir y la operación de alguna de las más modernas máquinas de comunicación es exactamente paralela. Ambos poseen órganos receptores sensitivos en una etapa de su ciclo operativo (...). En ambos la acción que realizan en el mundo exterior (...) es comunicada al aparato regulador central. En cada capítulo estudiamos, o bien aquellos aspectos en que la máquina imita la función del hombre o bien aquellos aspectos del hombre que resultan aclarados cuando nosotros estudiamos la máquina o ambos”.¹⁰

Por último, según la ética freudiana, que para Hazlitt¹¹ sería un sistema anti-ético, “partiendo de la idea según la cual el hombre no puede ser previsor, independiente y emprendedor, ni debe esperarse que lo sea; por el contrario, debe ser mantenido, protegido y socialmente apoyado por la sociedad (...), el delincuente es simplemente un enfermo que invariablemente necesita tratamiento psiquiátrico y nunca debe ser castigado (...); y todo intento conducente a hacer que viva según este código moral lo transformará en un neurótico lleno de complejos y sentimientos de culpa”.

Detengámonos en los hechos así descritos por sus respectivas ciencias y auscultemos, no ya la verdad o falsedad contenida en sus descripciones fácticas, sino, precisamente, si el fenómeno queda suficientemente explicado o si admite, al menos como cuestionamiento, otro tipo de reflexión. En lo que atañe a la economía, ¿basta la cooperación mutua en la prosecución de fines individuales?; ¿basta la máxima uno para todos y todos para uno?; ¿qué seguridad, incluso, se tiene de obtener metas realmente comunes, o sea, uno para todos y todos para todos? Para ello es preciso que los fines se ofrezcan como objetos morales que exijan la renuncia individual. En el

orden de la jurisprudencia, no eximiría en un tribunal de faltas donde alguien ante la pregunta “¿por qué ha pasado una luz roja?”, respondiese, porque soy un genio; no eximiría, incluso, el que no se hallase incongruencia lógica. Y esto es así porque se suponen nociones que trascienden la lógica como tal: falta, culpa, castigo, mal, bien. Por su parte, la psicología hija de la cibernética, proclive a tests por cuantificación, hubiese alcanzado resultados muy peculiares si en una Universidad alemana del siglo XVIII se hubiese encontrado con el título de Hegel, en el que se hace constar solemnemente que sus actuaciones fueron satisfactorias en todas las asignaturas, excepto en filosofía; o que León Tolstoi solía obtener bajas calificaciones en los ejercicios de redacción.¹² De allí que no pueda sostenerse con criterio el que los juicios morales no sean ni verdaderos ni falsos, por lo que no ingresa en la ciencia sino sólo lo que es experienciable y cuantificable.

El pasar revista a estos ejemplos nos permite al menos manifestar que el mismo esfuerzo por negar toda posible relación entre lo moral y lo científico, más bien lo implica y lo suscita. Y esto es así tal vez, y lo digo como hipótesis a ser explicada, porque el planteo moral es insoslayable para la vida científica. Y como hipótesis tiene un alto grado de evidencia, ¿o acaso los cálculos matemáticos y estudios físico-químicos para confeccionar las bombas más modernas, las técnicas descubiertas para detener artificialmente un embarazo o los experimentos sin límites sobre seres humanos están exentos de todo cuestionamiento moral? Si no es así, ¿por qué suele surgir espontáneamente la pregunta: es esto correcto?

B. Intento de respuesta

Ahora bien, hasta aquí estamos ante la demostración de una cierta realidad existente, la que, no obstante, de no alcanzar una justificación explicativa, puede quedar en un dato ideal, demasiado ideal, y fruto de la proyección de un moralismo exagerado. Por ello, es preciso establecer ciertas distinciones para esclarecer qué significa y en qué medida puede hablarse de relación entre Ética y Ciencias, como así también presentar los ataques o desviaciones que en uno u otro orden han desmerecido o negado el asunto como tal.

Por el carácter de una exposición como la presente, ofreceré unas reflexiones para acotar el problema y enunciar vías de solución, más que brindar un análisis exhaustivo del mismo.

- Ante todo, téngase en cuenta que considero la Ética como filosofía práctico-normativa y la Ciencia como conocimiento científico no filo-

sófico, sea este conocimiento especulativo o práctico y comprendiendo las ciencias humanas o no, aunque nuestra preocupación más palmaria sea estas últimas. A su vez, ambas son consideradas en el marco de una concepción unitaria del saber, pues muy diferente sería el planteo si se admitiesen distinciones reales en el saber humano.

- La moralidad como objeto propio de la Ética hace referencia a la perfección del hombre como agente libre, es decir, al bien moral en la conducta, en los poderes o facultades y en la persona misma, considerada ésta en aquello que es capaz de comportamientos racionales y libres ante el fin cabal de la existencia humana. Es por ello que puede afirmarse que el orden moral tiene una amplitud totalitaria en tanto que la consecución de cualquier fin, si incide en el camino de la moralidad hacia el fin humano cabal, está comprendida bajo este orden. Esto se explica por el carácter de indispensabilidad de los mismos valores morales en la vida humana, que hace también indispensable la referencia a tal orden de todo lo que incida en él, aunque como tal sea extramoral.
- En consecuencia, en este planteo, las Ciencias se han de considerar en cuanto despliegan un dinamismo, vale decir desde sus operaciones, lo que admite una doble perspectiva de tratamiento: a) en orden a la especificidad, de su acto propio que alude a la problemática de la naturaleza intrínseca de las ciencias y b) en orden al ejercicio del mismo, que motiva las cuestiones en torno al uso de las ciencias. En este segundo orden se inscribe el asunto en términos de vida científica y del científico en cuanto tal.
- De ahí que, tratándose de las ciencias teóricas, el orden moral y la Ética pueden ejercer su acción propia no sobre el objeto formal de tales ciencias, ya que en ellas es la naturaleza de las cosas la que opera las conclusiones y no la voluntad humana, sino sobre el mismo ejercicio de las ciencias. Esto nos permitirá hablar de una incidencia directiva del orden moral y de la Ética sobre la vida científica.
- En el caso de las ciencias prácticas no morales, como las del orden del arte y de la técnica, el papel regulador de la Ética se extiende no sólo al ejercicio y a la utilización de sus obras, sino también a su mismo objeto específico, por cuanto éste está siempre representado por un bien particular en algún orden determinado. Además, entre los bienes y fines se dan relaciones de dependencia y subordinación, teniendo el fin cabal de la existencia humana su carácter de valor primario y de principio máximo de regulación.

C. Justificación crítica de la respuesta

- En lo que respecta al objeto propio de la Ética, los tratamientos contemporáneos más deslumbrantes y publicitados –por suerte no únicos, para rédito de la reflexión filosófica– como son los de la ética analítica, han vaciado de todo contenido y materia la moralidad,¹³ tal como lo sostendría el realismo clásico, reduciéndola a un mero análisis del conocimiento moral, de la lógica interna de los conceptos y juicios morales. A la postre, es una variante moderna del relativismo moral, en cuanto hijos de un escepticismo que desconoce, por lo menos en algún sector, planteos de verdad y falsedad y, por ende, desconoce el valor del ejercicio de la racionalidad. Empero, se observa una notable diferencia, pues, en tanto el relativismo de viejo cuño incuriría principalmente en una incoherencia práctica por aquello de que por lo menos en la decisión a actuar se preferiría alguna manera de actuar (a pesar de negar que alguna fuese mejor o superior a otra), ahora también revela una incoherencia lógica. En verdad se “pretende alcanzar una verdad objetiva con la misma afirmación de que jamás podremos captar dicha verdad”. Ahora bien, si despojamos la moralidad del sustento ontológico en la naturaleza humana, en tendencias hacia connaturales fines perfectivos y en exigencias que surgen de la ley natural, ¿qué resta de la moralidad, sino meras fórmulas vacías instaladas en una suerte de metalógica moral?
- Lo planteado en el punto anterior, si bien desvitaliza la moralidad, puede no excluirla como problema, y lo hace. Por lo menos no se puede dejar de hablar de lo moral y de discutir al respecto. Y esto es así, pues el problema moral es insoslayable a cualquier hombre y en cualquier zona de la vida humana en la que él se exprese como agente racional y libre, por cuanto el horizonte final de la existencia humana exige alguna respuesta. De ahí que para negar un papel a la Ética en el cuadro general de las Ciencias, se la aparta bajo el pretexto de su no científicidad.
- Tal postura se expresa en ciertos atributos negativos: a) Negación de su carácter racional en tanto que los juicios de valor no pueden ser ni verdaderos ni falsos, sino mera expresión de un sentimiento o un mandato.¹⁴ La reflexión filosófico-moral ha pasado a ser emotivismo moral. b) Negación de una referencia objetiva a bienes práctico-normativos, es decir, exigencias sustentadas en la misma realidad de

las cosas como consecuencia lógica y ontológica de un deber ser desde el ser. Así, enfatiza Durkheim en *Règles de la méthode sociologique*: “No se ha de decir que un acto choque a la conciencia común porque es criminal, sino que es criminal porque choca a la conciencia”.¹⁵ c) Negación de la posibilidad de certeza en los juicios morales, pues la razón moral sólo tiene cabida para la opinión y la creencia.

- Estas tres negativas surgen necesariamente de un universo descrito al modo de la ciencia moderna, es decir, con una acuciante neutralidad axiológica sin cabida para el valor verdad y el valor epistemológico de un juicio científico que pretenda develar con certeza la verdad del valor y de la norma morales. A pesar de todo, la única salida es sostener la Ética como ciencia cierta práctico-normativa, si se respeta la libertad que es su objeto y si se reconoce que la libertad siempre requiere de un conocimiento que incite, guíe y regule la acción misma. La negativa de la Ética como ciencia práctico-normativa y su confinamiento a una mera reflexión teórica, llevaría inexorablemente a su reducción a otra ciencia y, por ende, a su destrucción. Se convertiría, o bien en una Ciencia de las costumbres (Historia)¹⁶ o bien en una más de las Ciencias Sociales (Sociología), o bien en una Ciencia de los fenómenos de conciencia (Psicología).
- Pero se ha de afirmar también que es ciencia cierta, ya que su carácter práctico-normativo salvaría su autonomía pero sería insuficiente para detentar su valor científico como tal. De este punto jamás podremos salir si ambicionamos la certeza sin excepción de las matemáticas o la invariabilidad absoluta de los juicios valorativos o normativos. La certeza moral es una certeza imperfecta que asume la contingencia de su materia propia: variedad de apreciación moral y de medios, pero certeza al fin, por el carácter necesario de ciertas normas y fines universales, objetivos y no relativos a los que se reducen en línea de justificación todo juicio moral concreto y particular.

Los dos problemas hasta aquí analizados, que se refieren a la moralidad y al carácter científico de la Ética, pueden incidir en la respuesta elaborada para elucidar la relación Ética-Ciencias no filosóficas. Por el primero, pues se anularía lo que he dado en llamar el criterio de ingreso en la vida moral, a saber la subordinación de los fines por la incidencia de toda acción libre en el fin cabal de la existencia humana. Por el segundo, al despreciar o negar el carácter científico de la Ética como filosofía moral, se desacreditaría

el posible lugar y papel de la Ética en el cuadro general de las ciencias.

Siendo la Bioética una “ética particular” o una “ética aplicada”, estas apreciaciones incidirán en la moralidad de la vida que es su objeto propio y en la posibilidad de su justificación científica, si la pierde la “ética general” que es su respaldo.

Es por ello que es preciso purificar el universo científico y las Ciencias respectivas, revirtiendo su actitud aséptica en neutralidad axiológica y así instalarlas en el rumbo ambicioso del saber que, desde sus albores, admitió las distinciones para enfatizar las jerarquías y las variables de respuestas que una misma realidad exige. Pero esto no será posible “si no se vuelve a la naturaleza misma de las cosas”, porque la naturaleza explica la estructura, el devenir y el futuro de todo lo que existe. Y en el caso particular del hombre, la respuesta bio-antropológica se completa con la ética, es decir, cuando la naturaleza racional se aferra a lo que ama más profundamente: el logro de sus fines connaturales perfectivos.

Notas

1. Donadío Maggi de Gandolfi, M. C., (2002). “Incidencia de la biotecnología en la vida social”, *Philosophica*, volumen 24-25, pp. 155-169, Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
2. Blázquez, N., (1996). *Bioética fundamental*, Madrid: B.A.C.
3. “Con la aparición de la ingeniería genética (...), se creó un explicable clima de alarma, hasta el punto de pensar que la posible aplicación de la manipulación genética de diversas formas de vida podía llevar a la creación de la ‘bomba genética’, mucho menos costosa que la nuclear y con menores posibilidades de control. Todo esto ha hecho temer también por la posible alteración de la biosfera y del ecosistema por parte del hombre”, Sgreccia, E., (1996). *Manual de Bioética*, México: Ed. Diana, p. 53.
4. “Di qui lo sviluppo, cominciato negli anni’60, di un particolare approccio funzionalista alla psicologia, le cosiddette scienze cognitive [Gadner 1985], che tendono a assimilare il rapporto fra flusso informativo e flusso energetico (o, più genericamente al rapporto fra software o ‘programma’ e hardware) in un computer [McKay 1969]”, Basti, G., (1995). *Filosofia dell’uomo Ediz.* Bologna: Studio Domenicano, Bologna, p. 152.
5. “Pues, lo primero que nos mueve a decir que un animal vive es que empiece a moverse por sí mismo, y pensamos que sigue viviendo mientras notamos en él este movimiento, y cuando ya no se mueve

- por sí, sino a impulso de otro, decimos que ha muerto por falta de vida” Tomas de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 18, a. 1, respuesta.
6. “El embrión preimplantatorio no es un ser inerte. Su movimiento se rige por una finalidad intrínseca y por una fuerte comunicación bioquímica con la madre. Tiene también una de las propiedades de un ser vivo organizado: la relación que conlleva identidad y sin la cual es imposible el diálogo (...). Podemos constatar desde la primera división del cigoto que el desarrollo embrionario transcurre con las siguientes propiedades: a) Coordinación... b) Continuidad... c) Autonomía...”, Blázquez, op. cit., pp. 32-36.
 7. Empleo la expresión vida científica en el sentido del uso efectivo, concreto y real de una ciencia por el científico, uso en el que se comprometen no sólo las intenciones y fines específicos de la ciencia respectiva sino también las orientaciones globales de quien las ejerce y que comprenden a su persona tomada como una totalidad.
 8. cap.2.
 9. p. 40 y ss.
 10. Wiener, N., (1950). *The Human Beings, Cybernetics and Society*, Boston.
 11. Hazlitt, (1974). *Los fundamentos de la moral*, Bs. As. Fund. Bolsa de Comercio, p. 344 y ss.
 12. Tomado de *Achaques y manías de la Sociología Moderna y Ciencias afines*, cap. IV- “Testomanía”, Aguilar, Bs. As., (1964), de P. Sorokin
 13. Se ha vaciado de todo contenido de valor (bien) el tratamiento de las cuestiones morales, de modo tal que la reflexión ética no guarda conexión alguna con la vida moral concreta. La preocupación actual más urgente en los círculos del Análisis es acerca de los conceptos y juicios morales, mucho más que de los problemas morales como tales. La Ética es principalmente obra de la lógica.
 14. Atendamos a A. J. Ayer: “For in saying that a certain type of action is right or wrong, I am not making any factual statement, not even a statement about my own state of mind. I am merely expressing certain moral sentiments. And the man who is ostensibly contradicting me is merely expressing his moral sentiments. So that there is plainly no sense in asking which of us is in the right. For neither of us is asserting a genuine proposition”, op. cit. pp. 107-108.
 15. p. 59 y ss.
 16. Esta es una forma de reducción a la que son muy afectos los sociólogos, y por ello Durkheim y Lévy-Bruht así definen la Moral, que resultaría en consecuencia una simple descripción positiva y sistemática de las costumbres como mero hecho.

RESUMEN

Cuando un concepto filosófico sobrevive a los avatares de diferentes doctrinas, escuelas, corrientes o pensadores, es que se ha sopesado, a pesar de los prejuicios que han suscitado tales avatares, las conveniencias por encima de las inconveniencias de su uso filosófico, científico o cultural, y de la referencia a la realidad respectiva. El de "naturaleza" es un caso ilustrativo. Tal vez cabe sospechar que la naturaleza tiene una capacidad de autodefensa que se hace cargo ella misma de algún mimetismo o disfraz para sobrevivir y revelarse ante cualquier avasallamiento.

En el marco de estas concepciones, la explicación científica se instala en el más crudo reinado de los hechos y desde el punto de vista filosófico, es el positivismo de siempre, en que los hechos materiales y la energía transformadora usurpan la necesidad de la naturaleza. Claro es advertir las consecuencias de esta doctrina en el orden moral. No sólo la verdad, sino que el mismo bien de la conducta humana, queda en manos del propio gusto y utilidad para obtener progreso y éxito. Por último, la cultura contemporánea, manifiesta la pérdida más radical de todo sentido, porque no se acoge el concepto pleno y fuerte de naturaleza en su carácter realmente sustantivo de principio de determinación esencial y de dinamismo natural. A lo más, el endiosamiento ecológico de lo dado.

Se vive como si no fuera necesario aparentar lo que se es, es decir, no es preciso conformarse, convenir con la naturaleza para ser. Basta simplemente "querer ser tal en cada circunstancia particular". La voluntad y la historia han ocupado todo terreno. La idea, la razón, la naturaleza han perdido mucho o todo. Es la era de la simulación y del capricho, con pretensiones, sin embargo, de poseer la dignidad y la legitimidad de la naturaleza.